White Rose Research Online

eprints@whiterose.ac.uk
https://eprints.whiterose.ac.uk
Universities of Leeds, Sheffield and York

Deposited via The University of York.

White Rose Research Online URL for this paper:
https://eprints.whiterose.ac.uk/id/eprint/191864/

Version: Published Version

Article:
Manzi, Liliana and Spikins, Penny (2008) El fuego en las altas latitudes: Los Selk'nam de Tierra del Fuego como referente etnográfico para el Mesolítico europeo. Complutum. pp. 79-96.

Reuse
This article is distributed under the terms of the Creative Commons Attribution (CC BY) licence. This licence allows you to distribute, remix, tweak, and build upon the work, even commercially, as long as you credit the authors for the original work. More information and the full terms of the licence here:
https://creativecommons.org/licenses/

Takedown
If you consider content in White Rose Research Online to be in breach of UK law, please notify us by emailing eprints@whiterose.ac.uk including the URL of the record and the reason for the withdrawal request.

UNIVERSITY OF LEEDS
University of Sheffield
UNIVERSITY of York

El fuego en las altas latitudes: Los Selk'nam de Tierra del Fuego como referente etnográfico para el Mesolítico europeo

Fire in the high latitudes. The Selk'nam of Tierra del Fuego as an ethnographic source for the European Mesolithic

Liliana M. Manzi*, Pennelope A. Spikins**

* CONICET-IMHICIHU-DIPA. Saavedra 15, 5 piso, 1083 Capital Federal, Argentina. lm_manzi@yahoo.com.ar
** The University of York. King's Manor - UK

Recibido: 18-10-2007
Aceptado: 05-05-2008

Resumen

El registro etnográfico de los grupos cazadores-recolectores de Tierra del Fuego, extremo sur de Sudamérica, puede ser aplicado al estudio del mesolítico europeo, tomando como base de comparación las similitudes medioambientales, climáticas y culturales de ambos lugares del planeta. La evidencia de uso de fuegos es ubicua y las interpretaciones otorgadas han sido fundamentalmente de carácter funcional, estructurando las actividades económicas y tecnológicas en los campamentos. La reinterpretación de los registros de excavación de los fogones recuperados en los sitios March Hill Carr y Top, Peninos centrales (Reino Unido), nos lleva a pensar que sus usos pudieron estar relacionados con actividades diferentes a las frecuentemente propuestas, tales como posibles prácticas sociales y simbólicas.

Palabras Clave: *Fuego. Fogones. Registro etnográfico. Etnoarqueología. Mesolítico. Suramérica. Reino Unido.*

Abstract

The ethnographic record of modern hunter-gatherers in Tierra del Fuego, southern Patagonia, South America, can be applied to Mesolithic Europe. Climates, environments and cultural strategies were similar. Evidence for the use of fires is ubiquitous, though interpretations are almost exclusively functional, as hearths are considered to structure economic and technological activities of hunter-gatherer campsites. By moving away from an exclusively practical and economic interpretation, we can begin to approach a more realistic understanding of the function of hearths within hunter-gatherer societies. The reinterpretation of the hearths excavated at the sites of March Hill Carr and Top, in the central Penines (United Kingdom), lead us to consider social and symbolic practices related to the use of fire.

Key Words: *Fire. Hearths. Ethnographic record. Ethnoarchaeology. Mesolithic. South America. United Kingdom.*

Sumario 1. Introducción. 2. Criterios para la elección del referente etnográfico. 3. El fuego de los Selk'nam. 4. Los fogones del Mesolítico tardío en Marsden Moor. 5. Implicaciones etnográficas en relación con la evidencia arqueológica del Mesolítico. 6. Conclusiones

1. Introducción

El manejo del fuego puede ser considerado como una tecnología vinculada a diversos aspectos de la supervivencia y de la vida diaria de las poblaciones humanas. En cuanto a su uso y manejo es posible compilar un importante número de registros y explicaciones.

Algunos remiten a la observación misma de la naturaleza, donde fuegos de distintas características se habrían producido por causas naturales, como pueden ser fenómenos meteorológicos y prolongadas sequías (Asensi *et al*. 2004; Fredericksen 2001; Gratzfeld 2004; Hamilton 1997; Owens y Durland 2002-03; Rippstein *et al*. 2001).

Evidencias aisladas también han sido propuestas desde momentos muy tempranos en distintos lugares del planeta. Se han encontrado huesos quemados en el registro arqueológico del Paleolítico Inferior, independientemente de la cuestión de si el fuego fuera encendido o simplemente mantenido una vez conseguido. Entre los casos más conocidos, que también han sido objeto de críticas y de revisiones, pueden mencionarse Zoukoudien -China- (Binford y Stone 1985), Vërtezöllös -Hungria- (Kretzoi y Vertes 1965), Torralba -España- (Freeman y Butzer en Dennell 1987) y Hoxne -Reino Unido- (Roe 1981 en Dennel 1987). Tampoco es posible obviar las discusiones en torno a la existencia o no de fogones estructurados durante el Paleolítico Medio (Stringer y Gamble 1996; Wong 2003, etc.), ni la presencia de lámparas de aceite en el paleolítico superior (Clottes y Simonet 1972 en Gamble 1990: 256; Leroi-Gourhan 1967), entre sus otros muchos usos posibles.

Resulta asimismo innegable su valor adaptativo en la colonización de ambientes fríos, particularmente de aquellos localizados en latitudes medias y altas (Dennell 1987; Gamble 1990; Gamble y Soffer 1997). Pudiendo a la vez ser citado como un ejemplo de exaptación, destacando sus potencialidades para auyentar predadores, prolongar la cantidad de horas luz, descongelar carcasas de animales posibles de ser carroñeadas y climatizar localizaciones de diferentes características.

En consecuencia, interesa aquí explorar los usos y funciones, tanto prácticos como sociales y/o simbólicos, de la presencia de fuegos a través del registro etnográfico de los Selk'nam de Tierra del Fuego, considerando que por este medio es posible lograr un mejor entendimiento de la evidencia recuperada en los fogones excavados en el sitio Hill March, correspondiente al mesolítico tardío en Gran Bretaña.

Esta búsqueda se sustenta en que las actuales investigaciones en torno al mesolítico europeo pretenden complementar y ampliar las propuestas explicativas alcanzadas a partir de los enfoques económicos que han venido desarrollándose hasta el presente (Conneller y Warren 2006), los cuales han investigado en profundidad aspectos relacionados con la subsistencia, los asentamientos y las tecnologías en el transcurso de la transición Pleistoceno-Holoceno (Hayden 1981; Jochim 1983; Yesner 1996).

En cambio, otras interpretaciones se orientan más hacia la comprensión de la complejidad social en estrategias cazadoras recolectoras, previendo que esta problemática solamente puede ser abordada a través de escalas temporales y espaciales más acotadas que son acordes con la escala etnográfica (Conneller y Warren 2006; Estévez y Vila 1995a y b; Piana *et al*. 1992; Vila 2004). A través de las que se podría dar cuenta de aquellas situaciones sociales que no han dejado evidencia material en el registro arqueológico o que si las dejaron fueron interpretadas dentro de perspectivas que enfatizan el pragmatismo económico y tecnológico de las poblaciones humanas. Es así, por ejemplo, que la evidencia de fuego ha sido recurrentemente relacionada con la cocción de alimentos y con la calefacción, aun cuando otras vías de análisis parecen indicar que esos usos fueron solamente algunos de los posibles en los que pudo haber intervenido, dado que también es muy probable que el encendido de fogones hubiera estado inmerso en cuestiones sociales o simbólicas.

2. Criterios para la elección del referente etnográfico

Trabajar con casos etnográficos para la resolución de problemas arqueológicos requiere precisar algunas situaciones. Una de ellas tiene que ver con la escala temporal en la que se expresan los comportamientos humanos, dado que la escala etnográfica es distinta a la arqueológica.

En primera instancia, porque el registro etnográfico da cuenta de los hechos ocurridos en el corto plazo, refiriéndose a lo sumo a lo ocurrido en el transcurso de una generación. A la vez que enfatiza

las interrelaciones entre individuos, permitiendo identificar personas y proponer asignaciones étnicas. En cambio, el registro arqueológico tiene una resolución que opera dentro de rangos temporales mucho más amplios -centurias a varios milenios-, donde las actividades humanas representadas han sido desarrolladas por muchos y diferentes individuos en el transcurso del tiempo (Ebert 1992), motivo por el cual los artefactos se acumularon conformando depósitos (Stein 1987). Dentro de éstos no pueden ser identificados los individuos que intervinieron, ni precisadas las clases de actividades efectuadas, ni las cronologías exactas de las diferentes ocupaciones que los constituyen (Stern 1994).

En segundo lugar, la alta variabilidad de los comportamientos humanos observada a través del registro etnográfico no puede ser tampoco directamente vinculada con las formas de las distribuciones arqueológicas porque, a excepción de unos pocos casos, estas últimas se encuentran mediatizadas por complejas historias tafonómicas y post-depositaciones ocurridas en el transcurso del tiempo. Por este motivo, se ha sostenido que las interpretaciones construidas en escalas espacio-temporales amplias -arqueológicas- no permiten dar cuenta de la flexibilidad de criterios y de la diversidad de respuestas registradas por las observaciones etnográficas. Incluso cuando se cuenta con cierta clase de indicadores arqueológicos que tienen una resolución muy precisa, tales como los registrados en algunos contextos Mesolíticos que han generado expectativas sobre aspectos sociales referidos a rangos, jerarquías, prestigio, etc. (Conneller y Warren 2006).

No obstante, se siguen ensayando diversos modos de vincular la escala etnográfica con la arqueológica. Esto se puede constatar en diversas propuestas en las que ambos conjuntos de datos son utilizados en investigaciones específicas (cf. Davidson 2006; Estévez y Vila 1995a y b; Mansur 2006; Vila 2006, entre otros), a pesar de haberse reconocido que tanto los aspectos tecnológicos como los relacionados con la subsistencia y la elección de localizaciones, entre muchos otros, no sólo responden a decisiones prácticas de explotación recursos y de uso del espacio, sino que forman parte de la interacción con otros individuos y de lo que puede ser socialmente aceptado, lo cual permite o inhibe ciertas formas de uso.

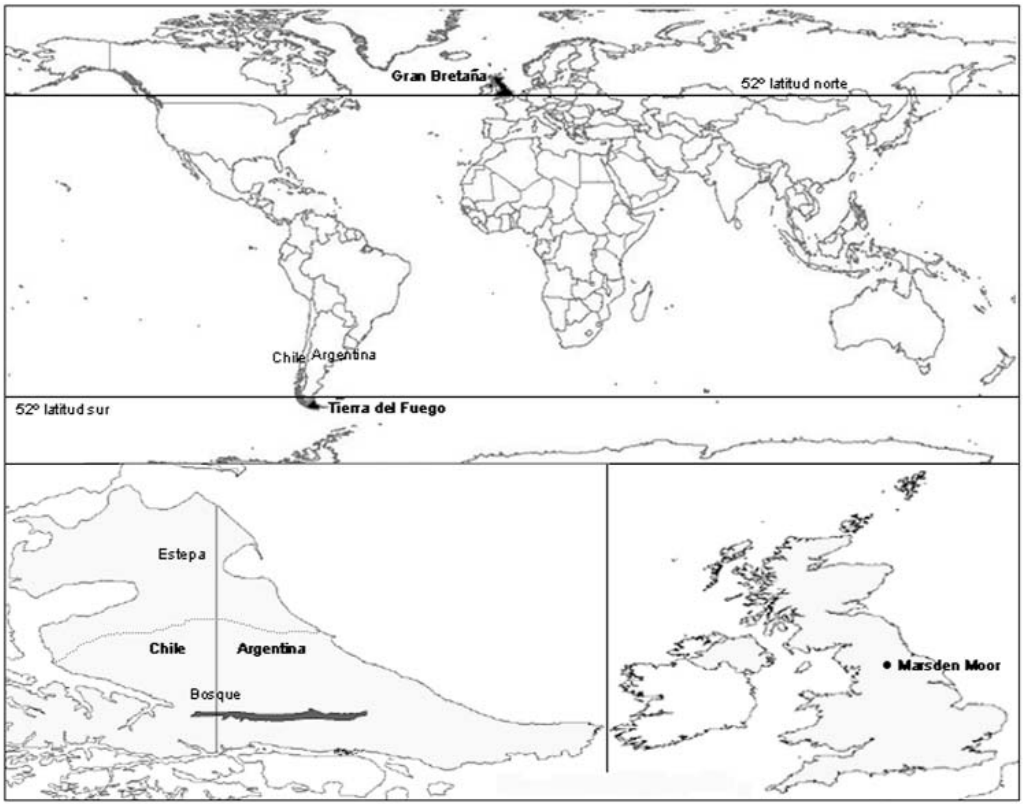

Figura 1.- Ubicación geográfica.

Por otra parte, también debe ser reconsiderado el descrédito otorgado a las explicaciones analógicas, las que en general son aceptadas para relacionar casos arqueológicos con diseños experimentales o estudios tafonómicos pero rechazadas cuando se trata de efectuar comparaciones entre casos etnográficos y arqueológicos. Esto ocurre porque la búsqueda de condiciones objetivas que tengan una vinculación física no ambigua con el registro arqueológico (Yacobaccio 1991) es bastante difícil de garantizar en las comparaciones etnográficas, debido a la gran diversidad de respuestas posibles que pueden dar los individuos al enfrentar las mismas situaciones.

Sin embargo, no se propone aquí hacer uso de explicaciones analógicas directas (*sensu* Yellen 1977), sino de encontrar bases de comparación para interpretar distintos aspectos materiales del registro arqueológico, pero siendo ahora más conscientes de la variabilidad que sustentan los comportamientos humanos.

Las comparaciones entre las poblaciones cazadoras recolectoras del mesolítico en Gran Bretaña (Norte de Inglaterra) con los Selk'nam de la Isla Grande de Tierra del Fuego (Argentina y Chile) (Figura 1) se sustentan en que ambas habitaron en latitudes semejantes, correspondieron a adaptaciones terrestres en ambientes insulares, dónde la distribución de recursos es heterogénea y condicionada por la estacionalidad, y los tamaños corporales de las presas que capturaron fueron similares. Asimismo, en ambos casos se registró una complementación de dietas sustentadas en animales de caza mayor terrestres con recursos vegetales y marinos, además de la presencia de perros en las actividades de caza (Bridges 1978; Coiazzi 1914; Conneller y Warren 2006; Gallardo 1910; Gusinde 1982 [1931]; Hayden 1981, entre otros).

Entonces, a pesar de que proponemos realizar comparaciones culturales sobre bases etnográficas, resaltamos que cada una de estas poblaciones ha seguido trayectorias culturales propias, de acuerdo con contextos históricos y sociales específicos. No obstante, pensamos que es posible intentar comprender cómo la evidencia de fuego en registros arqueológicos del Mesolítico puede presentar variados fines prácticos, a la vez que está inmersa en cuestiones no materiales, por lo que esperamos que la documentación etnográfica contribuya a proponer otras vías de interpretación posibles.

3. El fuego de los Selk'nam

Los Selk'nam fueron una población cazadora-recolectora conocida a partir del contacto con los diferentes grupos de europeos que llegaron a la Isla Grande de Tierra del Fuego, ubicada en el extremo sur de América del Sur (Figura 1), siguiendo distintas motivaciones. Algunos de ellos formaron parte de expediciones españolas encargadas de encontrar y controlar el paso entre los océanos Atlántico y Pacífico durante los siglos XVI y XVII, rivalizando con los marinos ingleses que tenían aspiraciones sobre estos confines. Entre los siglos XVIII y XIX se agregaron a la empresa del descubrimiento y la colonización otras potencias marítimas como Holanda y Francia, a la vez que tuvieron lugar distintas expediciones científicas y aumentó el tránsito marítimo por el estrecho de Magallanes, a causa de la fiebre del oro que tuvo lugar en California.

Tierra del Fuego debe su actual denominación a un ambigua referencia registrada por la expedición de Magallanes cuando, en 1520, al descubrir y atravesar el estrecho que los mismos navegantes denominaron "de los Patagones" divisaron a lo lejos humos que atribuyeron a las señales hechas por una de las embarcaciones que se había separado durante un temporal, dándose cuenta de inmediato que ésta se encontraba más cerca de la nave principal que los fuegos mismos (Pigafetta 1999[1519-22]: 64 y 67). A partir de esa referencia, creyeron ver "las grandes humaredas que hacían los indios como señal, (...) /y/ aplicaron este (...) simple razonamiento inductivo: ¡donde hay humo debe de haber fuego!" (Braun Menéndez 1971[1939]: 137). Frase que para algunos autores puede ser atribuida al rey de España, Carlos I, al momento de notificarse el descubrimiento del estrecho, actualmente denominado de Magallanes (Dabbene 1904: 9).

Más allá de cuestiones toponímicas, el fuego ha sido un elemento constantemente presente en la vida de los Selk'nam. Tan grande parece ser su relevancia que importantes autores tales como Gallardo (1910) y Gusinde (1982[1931]), que visitaron la isla e interactuaron con sus poblaciones aborígenes, sostuvieron que a causa de la rigurosidad climática en ese lugar del planeta es casi imposible la supervivencia si no se cuenta con este elemento. Al mismo tiempo, puede observarse que la presencia de fogones entre los Selk'nam adquiere una ubicación preponderante en diversos eventos sociales, estando

presente en distintas clases de ceremonias y celebraciones como en reuniones cotidianas, que tenían como mera finalidad la conversación. Esta última práctica se realizaba frecuentemente y en la experiencia de Gusinde tenía lugar todas las tardes en los campamentos que él visitó.

Entre las prácticas con fines utilitarios se lo encuentra mencionado en relación a actividades tecnológicas, para templar o tratar alguna clase de materia prima y para la preparación de alimentos, que en el caso de la cocción de carne era muy poco el requerido mientras que para el consumo de moluscos era determinante para la apertura de los bivalvos (Gallardo 1910; Gusinde 1982[1931]; Lista 1887; Segers 1891).

Al fuego también se lo vincula con los aspectos simbólicos que contribuían al mantenimiento del *statu quo* de la sociedad y a la perpetuación de pautas sociales, estando presente en las ceremonias de iniciación masculina como parte del escenario para la representación de espíritus y la realización de danzas. Además del hecho de que algunos espíritus eran vinculados con el fuego (Gusinde 1982[1931).

En consecuencia, la presencia de fuego se da tanto en el ámbito doméstico como en el festivo y en el ritual. Además, la mayoría de los individuos portaban consigo los elementos necesarios para encenderlo en cualquier circunstancia y lugar, siendo algunos de dichos elementos objeto de intercambio (Chapman 1986; Gallardo 1910; Gusinde 1982 [1931]; Sarmiento de Gamboa 1988).

3.1. Estructuras de combustión y elementos para encender fuegos

Los diferentes tipos de fogones han sido descriptos por Gusinde (1982[1931]) e incluso han quedado registrados en fotografías etnográficas como parte del escenario en el que posaban las personas, que formaban parte de grupos familiares o realizaban la manufactura de algún instrumento (Figura 2).

El fogón abarcaba una superficie de aproximadamente unos de 50 cm de diámetro (Gusinde 1982 [1931]: 187), y las variaciones dependían del tipo de refugio en el que se lo encontraba (ver más adelante). Adquirían formas cóncavas, al excavarse una oquedad de apenas pocos centímetros en la cual se conservaban las cenizas, o planas, a partir de la disposición radial de leña delgada sobre la superficie del terreno (Gusinde 1982[1931]: 177, 179 y 187).

La intensidad del calor podía ser regulada mediante el apilamiento de leña menuda sobre la lumbre, haciendo que las llamas fueran más intensas. La duración del combustible podía también ser controlada, especialmente durante la noche, momento en que se hacía uso del tronco de un árbol debajo del cual se colocaba una especie de soporte para disminuir la cantidad de oxígeno y hacer que la combustión fuera más lenta (Gusinde 1982[1931]: 187).

Los elementos utilizados para encender el fuego eran pedernal, pirita y yesca. El pedernal sólo se lo encontraba en la costa sudoriental, siendo recolectado durante la bajamar (Gusinde 1982[1931]: 189) y convertido en objeto de intercambio entre los aborígenes (Sarmiento de Gamboa 1988).

La pirita podía hallarse en algunos lugares del sur (Gusinde 1982[1931]: 189) y del norte de la Isla Grande (Gallardo 1910: 225), en donde se recolectaba para uso personal y para intercambiarla con individuos que no tuvieran acceso directo a ella (Gallardo 1910: 225; Gusinde 1982[1931]: 189) por astiles alisados (Chapman 1986: 64) y flechas (Gallardo 1910: 291). La yesca, por su parte, podía ser un hongo seco (Gusinde 1982[1931]: 189) o plumones de ave (Sarmiento de Gamboa 1988) disponibles de forma ubicua en todo el archipiélago fueguino.

Figura 2.- Ejemplos de fogones en fotografías etnográficas.

El encendido del fuego se realizaba utilizando esos tres elementos. Por medio de la percusión de la pirita y del pedernal se producían chispas (Gallardo 1910: 225; Gusinde 1982[1931]: 188) que en estrecha proximidad con la yesca iniciaban una débil combustión, que luego era alimentada con leña fina. A diferencia de estas observaciones, efectuadas durante el siglo XX, los náufragos del Purísima Concepción (siglo XVII) han dejado constancia de que el fuego podía obtenerse frotando dos palos (Purísima Concepción 1765).

La madera, usada como combustible, estaba disponible en todas partes. Sin embargo, existían variaciones en su abundancia dependiendo del ambiente del que se tratara, siendo muy abundante en el sector meridional boscoso, y escasa en el sector septentrional estepario (Gusinde 1982[1931]: 9). Probablemente, fue a causa de esto que los Selk'nam usaron para hacer fuego toda la madera que estaba a su alcance, y ejemplo de ello sería el desarmado de una casilla de madera construida en el paraje El Páramo, cercano a Bahía San Sebastián (Belza 1975).

No se cuenta con precisiones acerca de los criterios de selección de leños, solamente se tiene la referencia de que se trataba de leña seca (Segers 1891: 69). La tarea de recolección involucraba a hombres, mujeres y niños, quienes recogían ramas y gajos quebrados que transportaban hasta el campamento (Gusinde 1982[1931]: 188). También era indistinto quien debía encargarse de encender y mantener el fuego, puesto que podían intervenir tanto mujeres (Payró 1898: 200) como hombres (Gusinde 1982[1931]: 188).

Los elementos necesarios para encender fuego se los podía encontrar en el ámbito doméstico y ritual, dentro de esferas colectivas de interacción como formando parte del equipamiento individual de hombres y mujeres.

Los hombres se equipaban para sus marchas con bolsas de piel de guanaco, lobo marino o zorro en donde guardaban los implementos necesarios para encender el fuego, además de otros objetos de uso personal como adornos y pinturas, puntas de flechas, fragmentos de vidrios y lascas, tendones de guanaco trenzado, etc. (Chapman 1986: 53; Dabbene 1911: 68; Gallardo 1910: 286; Spegazzini 1882: 174.).

Las mujeres, por su parte, estaban muñidas de una canasta en la que portaban varios pedazos de pedernal y una bolsita de cuero con dos divisiones. En una de ellas, guardaban una mezcla de plumón de ave y carbón finamente pulverizado y, en la otra, un pedazo de pirita de hierro para hacer fuego (Segers 1891: 64 y 73).

3.2. Esferas de uso

Las referencias sobre el encendido y el mantenimiento de fuegos comprenden los ámbitos doméstico y ritual. En el primero de los mencionados, los individuos, unidos por lazos de parentesco co-sanguíneo o ritual -atribuido a un antepasado mítico común-, residían en un mismo territorio y podían realizar en conjunto diversas actividades diarias de subsistencia (Manzi 1991, 2001). Mientras que en el ritual o ceremonial, los individuos, procedentes de distintos territorios, se reunían de forma extraordinaria para realizar actividades de carácter simbólico e interactuar socialmente (Manzi 1993).

Los campamentos Selk'nam estaban conformados por chozas de forma cónica y planta circular o por paravientos de forma semicircular (Figura 3). En ambas, siempre estaba presente un fuego encendido (Coiazzi 1914: 32; Gusinde 1982[1931]: 180; Segers 1891: 69; Spegazzini 1882: 173), por más que la permanencia en ellas fuera por sólo una noche (Gusinde 1982[1931]: 179).

En las chozas el fogón adquiría una ubicación central (Beauvoir 1915: 202; Coiazzi 1914: 32; Gallardo 1910: 42; Gusinde 1982[1931]: 67; Payró 1898: 200; Vignati 1926) y se lo mantenía encendido día y noche (Beauvoir 1915: 202; Vignati 1926) a lo largo de todo el tiempo que se permaneciera en el lugar (Beauvoir 1915: 202) (Figura 3). Desde la entrada y hasta el centro del fogón solía colocarse un tronco cuyo extremo estaba en brasa (Gusinde 1982[1931]: 177 y 179). El humo, generado por la combustión, salía por la abertura que quedaba en la unión de los postes en la parte superior (Gusinde 1982[1931]: 67 y 179; Payró 1898: 200; Vignati 1926) o se distribuía afectando todo su interior (Coiazzi 1914: 32).

Alrededor del fuego se ubicaban las personas, incluso durante el día, sobre lechos de hojas, leña menuda, líquenes o musgos cubiertos con cueros de guanaco (Gusinde 1982[1931]: 67 y 179; Spegazzini 1882: 173). Además se registraba la presencia de diversos elementos como cunas de madera, arcos y arpones, lata, botellas de vidrio, aros de hierro, pigmentos, adornos personales, semillas, piedras para afinar astiles y la leña para el fuego (Coiazzi 1914: 32). Cuando una choza era abandonada que-

daban diversas clases de objetos depositados y el fogón lleno de cenizas y de valvas de moluscos (Payró 1898: 200).

Los paravientos eran levantados con la finalidad de ofrecer un reparo al viento. En la parte protegida se disponían los lechos, consistentes en una pequeña depresión rellena de vegetales, cueros (Coiazzi 1914: 33) o cenizas (Gusinde 1982[1931]: 179), frente a la cual se encendía el fuego (Bridges 1887-1902 [1978]: 215; Coiazzi 1914: 33; Dabbene 1911: 66; Gusinde 1982[1931]: 180; Segers 1891: 64).

En aquellas ocasiones en que el agotamiento físico de los individuos impedía que se pudiera levantar alguna clase de estructura o refugio, fuera en verano o en invierno, se encendía un fuego (Gusinde 1982[1931]: 185) en torno al cual se disponían los individuos.

La movilidad entre los Selk'nam era constante. Bastaba que alguien decidiera partir para que los grupos que estaban acampando juntos se fisionaran (Manzi 2001) y abandonaran el campamento. Momento en que el fuego era apagado para volverlo a encender en la nueva localización que se estableciera (Gusinde 1982[1931]: 188).

Asimismo, cuando dos grupos se encontraban en sus recorridos y decidían acampar juntos, durante el día, armaban sus paravientos uno muy cerca del otro, compartiendo el fuego. Pero en la noche cada uno encendía el suyo propio (Gusinde 1982[1931]: 185). Y cuando en la marcha intervenía una partida de hombres solos y era efectuada en invierno, en la parada que realizaban no levantaban ninguna clase de abrigo, simplemente procedían a encender un fuego sobre el terreno húmedo y a permanecer cerca de las brazas para secarse y templar el cuerpo (Gusinde 1982[1931]).

En el ámbito ritual, la iniciación masculina o ceremonia del Hain era el rito de mayor relevancia simbólica dentro de la sociedad Selk'nam. A partir de su celebración los jóvenes de entre 14 y 17 años comenzaban a ser considerados adultos (Manzi 1993). No obstante, existieron otras posibilidades de interacción social de características más simples.

La iniciación masculina era desarrollada en un lugar apartado, en donde se construía una choza especial denominada del Hain, en relación a la cual se desarrollaban actividades de carácter simbólico y social. Ideológicamente, esta ceremonia se fundamentaba en una reacción contra el tiránico matriarcado que habían ejercido las mujeres sobre los hombres al comienzo de los tiempos. Motivo por el cual, al ser descubiertas por los hombres, estos decidieron matarlas dejando con vida solamente a las niñas que aún no tenían conocimiento de esos hechos. A partir de ese momento las reuniones secretas comenzaron a ser realizadas por los hombres; reuniéndose en la choza del Hain o Gran Choza solo los adultos y los candidatos a ser iniciados.

En los campamentos localizados en los alrededores permanecían las mujeres y los niños. Ambas clases de estructuras estaban separadas por una planicie despejada de árboles de unos 200 m que funcionaba como escenario en donde tenían lugar los diferentes actos rituales (Gusinde 1982[1931]) (Figura 4). A pesar de que las mujeres y los niños no tenían acceso a la choza del Hain, podían llegar hasta determinados puntos dentro del escenario, mientras que los espíritus personificados por los hombres, podían acceder a todos los lugares, incluyendo

Choza (tomado de Gusinde 1982[1931])

Paravientо (tomado de Gusinde 1982[1931])

Figura 3.- Clases de campamentos Selk'nam.

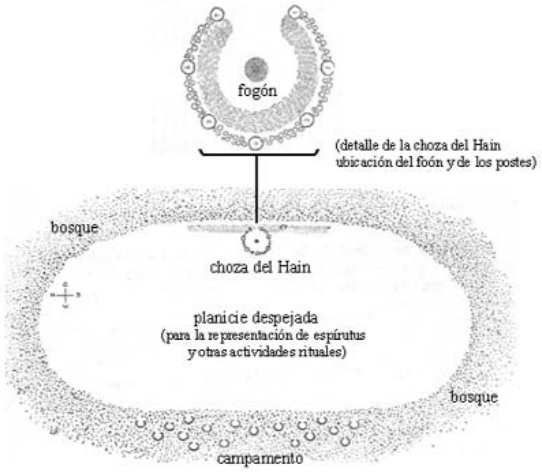

Figura 4.- Croquis de la ubicación del campamento y de la choza del Hain (tomado de Gusinde 1982 [1931].

el ámbito doméstico (Bridges 1978[1887-1902]; Chapman 1986; Gusinde 1982[1931]; Zenone 1914).

El fuego estaba ubicado en el centro de la Gran Choza (Bridges 1935; Chapman 1986: 124; Coiazzi 1914: 28) y permanecía encendido día y noche. Sólo era apagado para representar la "*danza fálica*" (Chapman 1986: 124) y después que Xalpen, uno de los espíritus personificados, mataba a todos los hombres; quienes una vez reanimados formaban un círculo en torno al lugar en donde había estado ubicada la fogata (Chapman 1986: 199).

Las dimensiones del fogón eran pequeñas y estaba hecho con leña especialmente elegida, para que no emitiera humo y no fuera visto desde el exterior (Zenone 1914). Esta estructura definía la organización del espacio dentro de la Gran Choza. Se sostenía que una grieta imaginaria de profundidad incalculable, trazada de este a oeste desde la entrada y pasando por el fuego hasta la pared opuesta, dividía el Hain en dos hemisferios (Bridges 1935; Chapman 1986: 131). Por ningún motivo estaba permitido pasar por encima de la grieta y quien debiera ingresar a la choza tenía que hacerlo por sus laterales, porque quien la cruzase debía ser arrojado al fuego (Bridges 1935).

En el momento en que los jóvenes a ser iniciados abandonaban el campamento, eran acompañados hasta el centro del escenario por sus madres y por sus supervisores, luego éstas regresaban al campamento desde donde arrojaban cenizas en dirección a la choza del Hain (Chapman 1986: 157). La ceremonia comenzaba después del mediodía con los candidatos -o Klóketen- y todos los hombres formando un círculo alrededor del fuego (Chapman 1986: 149; Zenone 1914). Solamente durante los primeros días, todos los participantes se sentaban alrededor (Gusinde 1982[1931]: 1023), puesto que en días sucesivos se realizarían distintas actividades fuera de la Gran Choza.

Esta ceremonia era para los jóvenes una instancia de aprendizaje, en el lapso de la cual se les enseñaba a seguir el rastro de los animales, a sobrevivir sin carne, a abrigarse en una tormenta de nieve, a ejercitar la precisión en el tiro con arco y cómo hacer fuego bajo la lluvia (Chapman 1986: 139, 155).

Los Klóketen estaban encargados, entre otras tareas, de buscar leña seca, encender y cuidar del fogón, incluso durante la noche mientras los demás hombres dormían, y asar carne de guanaco (Chapman 1986: 164 y 166; Zenone 1914).

La choza del Hain nunca quedaba vacía, siempre algún hombre se quedaba para cuidar del fuego, vigilar que no se acercaran mujeres o niños, ni que los perros dañaran las máscaras con las que se personificaban distintos espíritus o comieran la carne (Chapman 1986: 116 y 124). No es claro si ese mismo fuego podía ser utilizado también para cocinar. No obstante, se ha especificado que durante la ceremonia se consumía abundante carne asada (Zenone 1914).

Entre los espíritus representados son mencionados aquí sólo aquellos que tuvieron alguna relación con el fuego. Entre ellos se encuentran:

1. *Ksohort* se presentaba a los Klóketen dentro del Hain, dando un salto para salir de su escondite, detrás de las filas de hombres, para ubicarse frente al fuego (Zenone 1914), dando la apariencia de emerger de éste (Chapman 1986: 158).

2. *Halpen o Xalpen*, su representación comenzaba haciendo temblar la choza del Hain, emitiendo ruidos y haciendo salir llamas por el ápice de la estructura. Luego, algunos hombres salían agitando antorchas encendidas y profiriendo gritos de terror, simulando una huída (Chapman 1986: 179-180). Dos horas después de su aparición, las mujeres encendían fuegos frente a sus chozas y cantaban (Zenone 1914). Asimismo, las escenas de la muerte y el nacimiento de *Xalpen* ocurrían de noche a la luz de una enorme fogata (Chapman 1986: 206).

3. *Koxmenki o Koshménk* y su mujer *Kollan o Kullan* se dirigían a las chozas del campamento en dónde se sentaban un rato al lado del fuego para calentarse. En tanto las mujeres, que no podían mirarlos, debían taparse la cabeza con pieles, pero cuando se cansaban de estar tapadas los auyentaban echan-

do algún pedazo de cuero al fuego para hacer humo y olor (Zenone 1914).

4. *Matan* era personificado de noche, contando con la iluminación que arrojaba un fogón ubicado dentro del Hain para crear un juego de sombras largas y móviles (Chapman 1986: 192).

5. *Tanu*, en su representación nocturna requería de una fogata encendida en el centro del escenario. En las inmediaciones del campamento tenía lugar una danza de hombres, que en fila avanzaban hacia el fuego frente al cual formaban un círculo y cantaban (Chapman 1986: 194-5).

Entre las danzas directamente relacionadas con el encendido o el apagado del fuego pueden mencionarse: la "*danza del empujón*" representada de noche y alrededor de un gran fuego ubicado en el centro del escenario (Chapman 1986: 185) y la "*danza para atraer al buen tiempo*", en donde los candidatos salían del Hain en hilera, cantando y bailando hacia el centro del escenario donde el fuego estaba casi extinguido y dando vueltas alrededor del rescoldo (Chapman 1986: 195).

La iniciación femenina era un evento mucho menos elaborado. Cuando una joven comenzaba a menstruar, simplemente se la confinaban en su choza durante cinco o seis días. Lapso en el que permanecía sentada delante del fuego, guardando silencio mientras era instruida por mujeres mayores (Chapman 1986: 136).

La Celebración del Pesere era convocada por no menos de tres chamanes o hechiceros con el propósito de encontrar posibles candidatos para esas artes. Participaban como espectadores parientes y familias amigas. Todos los asistentes se trasladaban a un lugar previamente seleccionado en donde levantaban una choza cónica en cuyo centro se encendía un fuego. En torno a éste y contra la pared interior se distribuían vegetales y cueros que se utilizaban como lechos (Gusinde 1982[1931]: 762-63).

A poca distancia de esa choza se encontraba el campamento. Cualquiera tenía acceso a la choza Grande o del Pesere, aunque eran los hombres quienes formaban un círculo cerrado alrededor del fuego y sólo unos pasos más adelante se ubicaban los hechiceros en cuclillas. Durante el verano, cuando el clima era favorable, se acostumbraba a encender una enorme hoguera fuera de la choza, en torno a la cual se agrupaban todos los participantes (Gusinde 1982 [1931]: 763-64).

Es importante señalar que la cocción de alimentos se realizaba en las choza que componían el campamento, para evitar interferir con el desarrollo de la celebración, sin embargo el consumo de carne asada podía ser efectuado dentro de la choza Grande (Gusinde 1982[1931]: 764).

3.3. Usos del fuego y de sus derivados

Los variados usos en los que se ha registrado la presencia de fuego son tratados a continuación, existiendo al menos un fuego en todos los campamentos y paradas al aire libre (Gusinde 1982 [1931]: 187).

Calefacción

La necesidad del encendido de fuegos dada la rigurosidad climática de Tierra del Fuego es resaltada por Gusinde (1982[1931]), quien alude a la imposibilidad de pasar la noche o permanecer durante el día sin encender al menos uno. En invierno, la situación se tornaba más dramática a causa de las nevadas y de las frecuentes lluvias que mojaban y enfriaban los cuerpos de los individuos, por lo que no había posibilidad de supervivencia sin hacer uso del calor emanado por las llamas o brasas del fogón (Bridges 1978[1887-1902]; Gusinde 1982[1931]). Referencias en este mismo sentido aluden a que las mujeres pasaban varias horas del día junto al fuego mientras se ocupaban de otros menesteres domésticos (Chapman 1986: 50), a las personificaciones de los espíritus del Hain que entraban a las chozas del campamento para permanecer al lado del fogón (Zenone 1914) y a la ubicación de los lechos de hojas y pieles y de los individuos recostados sobre estos con los pies orientados hacia las llamas (Gusinde 1982[1931]: 67 y 160; Payró 1898: 200).

Cocción de alimentos

Los alimentos tenían, preferentemente, algún tipo de cocción, aunque no fuera completa. Esto era válido tanto para los vegetales, cuyos tubérculos eran cubiertos con ceniza o colocados entre piedras calientes (Coiazzi 1914: 52), los moluscos puestos sobre las cenizas próximas al fuego, especialmente en el caso de los bivalvos para que se abrieran (Gallardo 1910: 171; Segers 1891: 69), y las carnes de ave, de pescado o de guanaco que no era consumidas sin ser al menos calentadas sobre el fogón (Payró 1898: 203; Segers 1891: 69). En tanto, los roedores que abundaban en la estepa norte de la Isla Grande eran secados al fuego, con el fin de conservarlos y convertirlos en elementos de intercambio con otros grupos del interior (Gallardo 1910: 291).

Cosmética y Aseo

En ocasiones, hombres y mujeres daban suavidad y brillo a sus rostros, manos, cuerpo y cabello mediante el untado con grasa derretida al fuego. De este modo lograban un aspecto que les resultaba agradable (Gallardo 1910: 147).

La limpieza del cuerpo, la cara y el pelo era hecha mezclando pigmentos amarillentos con grasa, cuyo producto se untaban para luego acercarse al fuego, secarlo y retirarlo mediante un refregado que lo removiera junto con la suciedad (Gallardo 1910: 148).

Actividades de subsistencia

El uso de antorchas hechas de pastos y ramas (Gallardo 1910: 192) o con corteza de árboles (Chapman 1986: 59) ha sido registrado en relación con la caza nocturna de aves. Momento en que hombres y mujeres se dirigían a las barrancas en donde previamente habían identificado los nidos. Con ellas encandilaban a las aves evitando que escaparan (Gallardo 1910: 191-92; Gusinde 1982 [1931]: 265; Segers 1891).

Actividades Tecnológicas

El fuego también intervenía en diversos tipos de trabajos manuales (Gusinde 1982[1931]: 190). La manufactura de astiles fue una de ellas. Las ramas previamente seleccionadas eran redondeadas y afinadas, para luego ser enderezadas al fuego (Beauvoir 1915: 202) o pasándolas por encima de las brasas (Gallardo 1910: 256). Finalmente, al astil se le adosaba una punta lítica en uno de sus extremos, mientras que en el otro se le fijaba una emplumadura hecha quemando algunas de sus barbas (Gallardo 1910: 256).

En la preparación de pigmentos para pinturas corporales y la manufactura de máscaras para la ceremonia del Hain, diversas sustancias eran logradas mediante el tratamiento térmico de las mismas. Los pigmentos blancos se obtenían de huesos de animales sometidos a fuegos muy intensos, que después eran molidos y convertidos en polvo (Gallardo 1910: 256; Gusinde 1982[1931]; Zenone 1914). También se podía obtener un sedimento blanco en las márgenes de ciertas lagunas, el cual era amasado para formar una pelota que era sometida al fuego para lograr una tonalidad aún más blanca (Gallardo 1910: 266). De modo semejante, los tonos rojos se obtenían de arcillas de coloración rojo-amarillenta que eran tratadas con calor (Gusinde 1982[1931]).

El color negro era logrado mediante el pulverizado de carbón de leña, por lo que estaba siempre disponible (Gusinde 1982[1931]). Esta clase de pigmento no sólo era utilizado en pinturas sino que también servía para la realización de tatuajes producidos al introducir partículas de carbón debajo de la piel (Gallardo 1910: 148).

Señales

El registro documental más antiguo que da cuenta del encendido de fuegos para hacer señales es atribuido a la expedición de Magallanes. Unos sesenta años después, Sarmiento de Gamboa (1988 [1584]: 119) mencionaba que los aborígenes encendían fuegos con esa misma finalidad. Entre las señales emitidas podían distinguirse aquellas que usaban el fuego como mensaje y las señales de humo propiamente dichas.

En el relato de Sarmiento de Gamboa (1988 [1584]: 110 y 119) puede constatarse que en el momento en que los marinos encendieron un fuego, muchos otros fueron encendidos en la costa por los aborígenes. Menciona además, que los Selk'nam se acercaban hacia ellos dando voces y encendiendo fogatas, y que la observación de fuegos en los alrededores era interpretada como un alerta que ponía fin a las visitas que hacían a los europeos, ante el temor a ser atacados por otros grupos aborígenes.

Hacen también referencia a señales de fuego Chapman (1986: 25 y 44), Gallardo (1910: 258) y Gusinde (1982[1931]: 447), siendo posible precisar que eran visibles a dos leguas de distancia (Popper 1887), y probablemente aún más lejos (Chapman 1986: 25). Mientras que señales de humo saliendo del bosque son apuntadas por Bridges (1887-1902 [1978]), Popper (1887) y Sarmiento de Gamboa (1988[1584]). Para producir humo y olor, al parecer bastaba con echar un pedazo de cuero sobre el fuego (Zenone 1914).

Las señales de humo y fuego eran producidas para dar cuenta de una emergencia (Chapman 1986), llamar a las mujeres cuando se consideraba que necesitaban protección (Gallardo 1910), ante el peligro de un ataque enemigo (Gusinde (1982[1931]; Sarmiento de Gamboa 1988[1584]: 110), al tener éxito en la caza y necesitar de ayuda (Gallardo 1910; Gusinde (1982[1931]), informar de fallecimientos, enfermedades repentinas, de que alguien se había perdido en el bosque y avisar sobre el varamiento de una ballena (Gusinde (1982[1931]). Los primeros en llegar eran quienes encendían los fuegos para informar a los demás del hecho (Chapman 1972).

Sociabilización y Circulación de Información

La conversación era un elemento importante entre los Selk'nam, dado que la capacidad de oratoria otorgaba prestigio a quien la poseyera (Chapman 1986). Asimismo la circulación de información era necesaria para saber qué estaba sucediendo en otros lugares y para tomar decisiones que afectaran al conjunto de las personas (Gusinde 1982[1931]).

Los hombres acostumbraban a conversar reunidos alrededor del fuego. Aún cuando, hacia inicios del siglo XX, muchos individuos comenzaron a trabajar en la esquila de ovejas en las estancias, a su regreso al campamento continuaban reuniéndose por la tarde o noche, tal como lo hacían en tiempos precedentes (Gusinde 1982[1931]: 72).

La quema de las pertenencias de los moribundos

Tenía lugar cuando la muerte parecía inminente, circunstancia en que era posible que se rompieran y quemaran el arco y las flechas del moribundo (Bridges 1935). En tanto sus parientes, ya sea los que co-habitaban con el fallecido como aquellos que vivían en las inmediaciones, se acercaban al lugar y esperaban sentados junto al fuego el desenlace final (Gusinde 1982[1931]). También podía ocurrir que una vez sucedido el hecho el individuo fuera enterrado en su propia choza, que luego era quemada (Payró 1898: 209).

La materialización de espíritus

Las apariciones tenían, al parecer, lugar entre individuos que se encontraban, preferentemente, solos y en ambientes arbolados. Entre estos los que están vinculados de alguna manera con el fuego son:

1. *Hashi*, un espíritu maligno cuyo comportamiento perturbaba el transcurso de la vida diaria porque en cada aparición desarmaba y tiraba todo lo que estaba a su paso, arrastraba y mezclaba objetos, derribaba chozas y apagaba el fuego (Bridges 1935).

2. *Yosi* cortaba y juntaba leña para hacer un fuego que no podía encender. Su aparición se remite principalmente a cazadores solitarios, siendo su meta pasar la noche junto al fuego encendido por aquellos (Bridges 1935).

4. Los fogones del Mesolítico tardío en Marsden Moor (Reino Unido)

Las excavaciones realizadas en los sitios March Hill Carr y March Hill Top, localizados en Marsden Moor, Peninos Centrales, permitieron identificar una serie de ocupaciones superpuestas, que se extienden sobre áreas superiores a los 250 m². Ambos sitios fueron excavados mediante la definición de muestreos de 0,50 x 1 m, sondeos de 3 x 3 m y trincheras de 4,50 x 4,50 m (Figura 5); habiéndose constatado un total de 5 fogones (Spikins 2002).

En la Trinchera A de March Hill Carr fueron registrados cuatro fogones claramente diferenciados, cuyos fechados ^{14}C obtenidos sobre carbón vegetal arrojaron dataciones asignables al Mesolítico tardío (Tabla 1).

Las semejanzas observadas en las cronologías no permiten distinguir si este registro arqueológico fue generado en el transcurso de una ocupación más o menos continua dentro de un corto rango temporal o a partir de ocupaciones breves pero recurrentes del área.

Los fogones excavados presentan una estructura semejante. Se trata de cubetas horadadas en el suelo (Figura 6) en torno a las cuales fueron recuperados desechos de talla lítica, evidenciando procesos de talla y de retalla de artefactos que podrían haber intervenido en la manufactura de instrumentos de corte y de buriles -asociados al trabajo sobre hueso, asta y madera-, como también estar dando cuenta del reemplazo de partes líticas.

Los fogones 1 y 2 pudieron haber actuado como articuladores y concentradores de distintas clases de actividades, teniendo en cuenta su localización cuasi-alineada y los remontajes efectuados entre núcleos y desechos de talla generados por la manufactura de microlitos, en particular de aquellos con forma de triángulo escaleno. Estos fueron obtenidos a partir de nódulos pequeños de materia prima local y, posiblemente, fueron producidos por individuos sentados en las inmediaciones del fuego (Spikins 2002).

El fogón 3 se localiza en una pequeña depresión dentro de la cual fue recuperada madera quemada, arena y artefactos líticos termoalterados. Presenta, asimismo, la más clara diferenciación funcional con respecto a las demás estructuras de combustión. La evidencia recuperada en su interior permite relacionarlo con el tratamiento térmico de rocas con el fin de homogenizar las estructuras cristalinas de las mismas para lograr una mejor fractura durante el proceso de talla. Mientras que el fogón 4, con dimensiones superiores a la de los fogones precedentes -*ca*. 0,50 m de diámetro y 0,20 m de profundidad- estaba colmatado con carbones, lo que revela

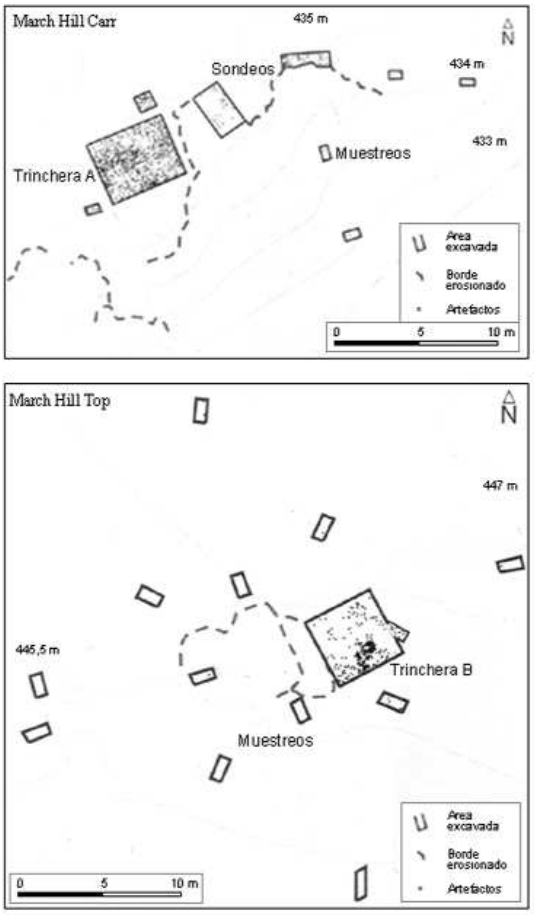

Figura 5.- Unidades de excavación, sitios March Hill Carr y March Hill Top.

que podría haber sido utilizado para cocinar, tal vez carne u otros comestibles mediante un proceso de cocción lento. Esto se lograba por medio del tapado de la estructura con carbones y piedras de modo que el déficit de oxigeno demorara la combustión de la leña (Spikins 2002).

Los usos de estos fogones parecen haber sido diversos, variando entre la cocción de alimentos, la calefacción, el tratamiento térmico de rocas e interacción social entre los individuos que los habrían originado y reutilizado. En general, los fogones muestran una delimitación de la estructura mediante la disposición de piedras sobre sus bordes superiores (Figura 7). Esta adecuación induce a pensar en la necesidad de evitar la dispersión de brasas y cenizas a partir de sus núcleos, acorde con la constante actividad de individuos en torno a ellos (Binford 1988, 1991).

En March Hill Top, unos 200 m al norte de March Hill Carr, fue excavada la Trinchera B en dónde se encontró otro fogón. Los artefactos líticos recuperados en relación a éste fueron principalmente microlitos del tipo laminar, que se encuentran fracturados o sin terminar (Spikins 2002).

Se trata de un fogón plano de unos 0,20 m de diámetro (Figura 8) que fue excavado mediante la técnica de *decapage* siguiendo la microestratigrafía de los sedimentos que constituían el material de relleno.

Un conjunto de fechados ^{14}C sobre carbón vegetal fueron realizados, obteniéndose las dataciones de la Tabla 2.

Aunque es difícil precisar la totalidad de los intervalos en que éste fogón fue reutilizado, es posible sostener que distintos fuegos habrían sido encendidos recurrentemente en ese mismo punto del espacio (Spikins 2002).

Por otro lado, análisis micromorfológicos del suelo confirmaron que la combustión del material vegetal no habría alcanzado altas temperaturas. Este hecho resulta muy sugerente si se tiene en cuenta que el emplazamiento de este sitio se ubica en una posición topográfica más elevada, con respecto al entorno circundante. Esto lo posiciona como una localización expuesta a diversos fenómenos climáticos pero le otorga, en contrapartida, una muy amplia visibilidad de los alrededores.

El uso que se le habría otorgado a este fogón puede ser pensado a partir de la evidencia contextual más que por sus características intrínsecas, la

Procedencia de la Muestra	fechado no calibrado –B.P	rango fechado calibrado -AC	*p**
Fogón 1	5790 ± 35 (OxA 6296)	4717- 4546	0.965
	5813 ± 22 (UB– 4050)	4721- 4596	0.910
Fogón 2	5835 ± 35 (OxA 6297)	4796- 4595	0.992
	5824 ± 28 (UB 4051)	4732- 4589	0.850
Fogón 3	5745 ± 35 (OxA 6298)	4690- 4497	0.997
	5796 ± 29 (UB- 4052)	4716- 4577	0.890
Fogón 4	5830 ± 35 (OxA 6299)	4783- 4584	0.982
	5855 ± 40 (OxA 6300)	4795- 4584	0.979
**95,4 % de área cubierta por 2 sigmas*			

Tabla 1.- Fechas radiocarbónicas de March Hill Carr.

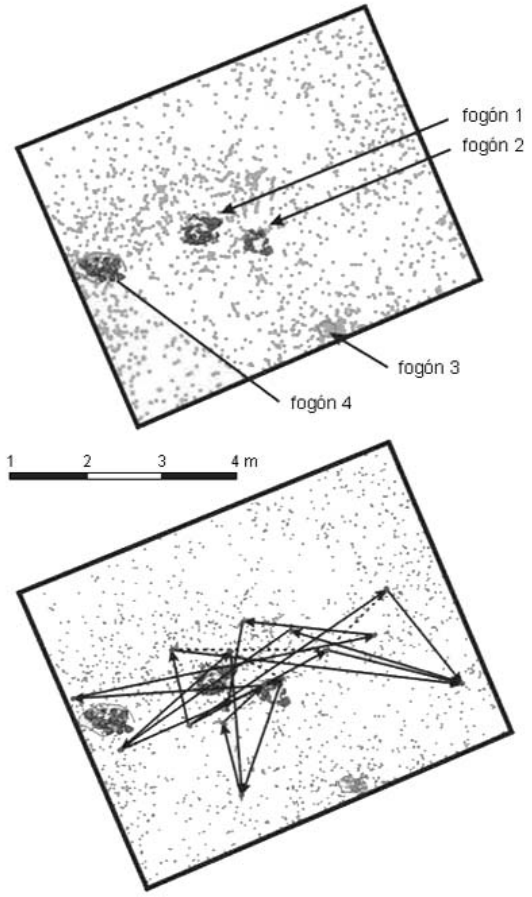

Figura 6.- Trinchera A: fogones y distribución de artefactos líticos.

cual lo posiciona como una estructura que si bien ha sido reutilizada no muestra rasgos que permitan relacionarla directamente con posibles usos prácticos. En consecuencia, la alta exposición de este sitio, debido a su localización topográfica y la falta de obstáculos, junto con las bajas temperaturas alcanzadas por la combustión de los leños quemados y las escasas frecuencias artefactuales recuperadas permiten proponer que podría haber estado relacionado más con fines simbólicos o sistemas de señales que con la cocción de alimentos, calentamiento de rocas o calefacción identificada para los fogones analizados previamente -Trinchera A-.

5. Implicaciones etnográficas en relación con la evidencia arqueológica del Mesolítico

El registro de uso de fuegos en la Isla Grande de Tierra del Fuego se refiere, sin duda, a un contexto

Figura 7.- Fogones en cubeta 1 y 2 delimitados por piedras en su parte superior.

cultural en dónde las relaciones sociales y simbólicas generadas en torno a él son únicas. Sin embargo, el encendido y el uso de fuegos se han registrado en todas las poblaciones cazadoras recolectoras del planeta desde tiempos remotos hasta el presente. En todos los casos se observa pues la replicación de un fenómeno de naturaleza mediante el aprovisionamiento y la selección de diversos elementos naturales que son manipulados con fines específicos.

A partir de lo expuesto, se propone que mediante la interpretación de las estructuras de combustión es posible establecer vinculaciones entre el registro arqueológico del Mesolítico del Norte de Gran Bretaña y el registro etnográfico de los Selk'nam, teniendo en cuenta que ambas poblaciones cazadoras recolectoras pedestres exhiben estrategias adaptativas y selecciones culturales semejantes.

En los registros mesolíticos la evidencia de uso de fuegos ha sido recurrentemente interpretada como referida a usos prácticos. A pesar de que los análisis de la organización espacial intra-sitio han demostrado ser líneas de investigación fructíferas (Grøn 1996, 2003) en cuanto a la estructuración de las actividades y posibles formas de interacción social dentro de los campamentos, el estudio de los fogones y de usos de fuegos ha recibido escasa atención. Por este motivo, se propuso reinterpretar los registros de excavación de los sitios March Hill Carr y March Hill Top en relación con los potenciales usos del fuego y de los fogones identificados a través de la información etnográfica, pensando en que ambas líneas de evidencia pueden contribuir a complementar las propuestas explicativas previamente alcanzadas.

Como se ha dicho previamente, la perspectiva arqueológica ha enfatizado con frecuencia la función económica del fuego, para la preparación de alimentos, y tecnológica, dirigida al tratamiento térmico de rocas para la talla, la preparación de mezclas

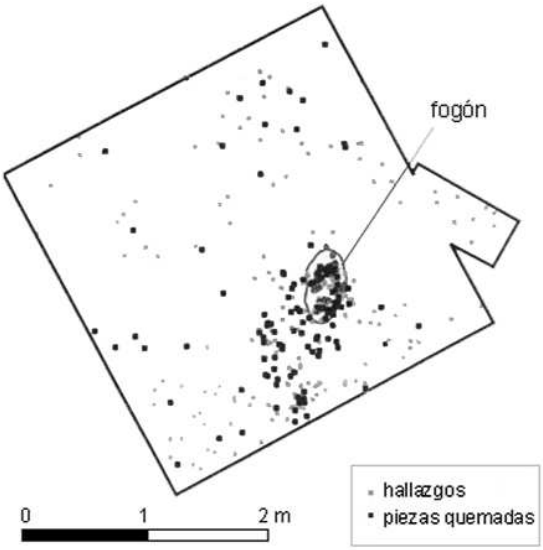

Figura 8.- Trinchera B: fogón y distribución de artefactos líticos.

para fijar partes móviles de instrumentos compuestos o de pigmentos para la producción de pinturas, principalmente de arte parietal. Sin embargo, debido a que las manifestaciones plásticas de esas características están ausentes en el mesolítico, la producción de pigmentos ha sido prácticamente descartada, salvo en aquellos casos en que éstos pudieran ser relacionados con posibles entierros (Wong 2003).

Sin embargo, el registro etnográfico de los Selk'nam ha sido explícito sobre este último aspecto, puesto que la preparación de pigmentos fue una practica asidua entre estos grupos, aunque tampoco produjeron representaciones de arte parietal. Entre ellos se hizo un uso extensivo de pinturas corporales y de producción de tecnofacturas orientadas a la práctica ritual -máscaras utilizadas en la ceremonia del Hain- y de mezclas destinadas a usos cotidianos, como el aseo personal o el trabajo de cueros.

Asimismo, resulta notable que las formas que asumieron las estructuras de combustión, tipificadas como fogones planos y en cubeta, no son por sí solas representativas de la alta variedad de funciones y de las actividades en las que pudieron haber sido utilizadas, ni de los múltiples usos en los que pudieron haber intervenido.

En consecuencia, puede esperarse que una misma forma de estructura de combustión hubiera sido utilizada tanto con fines simbólicos, para representar una grieta que dividía en dos hemisferios la Choza del Hain y que servía para ubicar simbólicamente la procedencia de los individuos dentro de la misma o lograr una determinada escenografía, como para calentar, cocinar alimentos, preparar pigmentos y manufacturar astiles para puntas de proyectiles, entre otras posibilidades.

En general, las funciones simbólicas y sociales en las que habrían intervenido las diferentes estructuras de combustión resultan soslayadas a causa de su baja diferenciación, a pesar de conocerse la importancia que tiene la interacción social entre grupos cazadores recolectores, no sólo como un medio de sociabilización y de enculturación de los individuos que componían esas sociedades, sino también como una forma de garantizar la continuidad biológica de la población, tal como podría haber sucedido durante la agregación de grupos e individuos en el transcurso de celebraciones tales como la ceremonia del Hain o del Pesere. Éstas ceremonias permitían conocer quiénes residían en los distintos territorios étnicos y con cuáles de sus habitantes era posible formar unidades de descendencia, al tratarse de individuos no considerados parientes (Manzi 2001).

Tal vez a causa de dicha indiferenciación, las expectativas en torno a los usos otorgados a los fogones se reducen a unas pocas funciones, cuando se han tenido innumerables referencias, a través de los registros etnográficos, de la complejidad y de la variabilidad de los comportamientos humanos dentro de un mismo grupo étnico, tanto en lo que respecta a las prácticas individuales como grupales.

Muestra Nº	fechado no calibrado –B.P	rango fechado calibrado -AC	*p**
1	5310 ± 45 (OxA6301)	4249- 4037	0.925
2	5315 ± 35 (OxA 6302)	4246- 4041	0.978
3	5255 ± 30 (OxA 6303)	4081- 3979	0.590
4	5180 ± 30 (OxA 6304)	4041- 3946	1.000
5	5270 ± 45 (OxA 6305)	4169- 3979	0.816
6	5190 ± 45 (OxA 6306)	4051- 3938	0.847
7	5271 ± 24 (UB 4053)	4111- 4036	0.306
**95,4 % de área cubierta por 2 sigmas*			

Tabla 2.- Fechas radiocarbónicas de March Hill Top.

El papel desempeñado por la presencia del fuego, como un elemento indispensable para la supervivencia y habitabilidad de aquellas regiones del planeta que se ubican en latitudes altas, resulta también en muchas ocasiones minimizado. Sin embargo, para los Selk'nam se cuenta con referencias explícitas acerca de la necesidad de calentar los campamentos, aún los levantados de forma muy expeditiva y se enfatiza la importancia que tuvo el encendido de fuegos independientemente del tiempo que durara la permanencia en ellos.

Por otra parte, y en comparación con lo expresado por el registro etnográfico, la evidencia arqueológica resulta por sí misma poco esclarecedora en cuanto a los elementos requeridos para encender y mantener fuegos, quizás porque éstos terminaron siendo consumidos, porque no fueron corrientemente descartados *in situ*, o por no ser fácilmente reconocibles dentro de los conjuntos de artefactos recuperados en las excavaciones.

No obstante, resulta observable que muchos de los materiales requeridos para hacer fuego podían ser encontrados prácticamente en cualquier sector del entorno; tal sería el caso de la leña y de las piedras utilizadas en la demarcación de fogones. Otros podían haber sido elementos apreciados por los portadores; así podría suceder con la pirita, que resultaba indispensable para el uso personal y que llegó, incluso, a convertirse en objeto de intercambio.

En la preparación de alimentos podría, asimismo, esperarse una baja cantidad de evidencia relacionada directamente con las estructuras de combustión, a causa del consumo inmediato de algunos ingredientes, del secado o ahumado de alimentos para intercambiarlos en otras localizaciones y como consecuencia del consumo térmico -calcinado- de tejidos blandos u óseos arrojados al fuego.

Por último, quedan por mencionar aquellas situaciones en las que la evidencia material está comprendida por la propia estructura del fogón, pero cuya razón de ser es inmaterial. Este sería el caso de las relaciones establecidas entre el encendido de fuegos y la aparición de espíritus y de los sistemas de señales de fuego y humo, para los cuales existían técnicas y códigos precisos de transmisión de mensajes. Tales circunstancias y procedimientos estuvieron presentes de modo recurrente entre diversas poblaciones cazadoras-recolectoras del mundo, pero asumiendo diferentes características.

6. Conclusiones

Las escalas de resolución de los registros arqueológico y etnográfico son distintas. La información etnográfica, a diferencia de la arqueológica, puede abundar en referencias que no cuentan con correlatos materiales, sea porque no se produjeron por tratarse de actividades simbólicas o de interacciones sociales que no generaron descartes materiales o porque las frecuencias en que fueron producidos fueron muy bajas, sea por las condiciones de preservación de los depósitos arqueológicos o porque resultan difíciles de identificar a partir de la mera forma de las estructuras de combustión.

En este sentido, las observaciones realizadas en una escala sistémica, dónde los comportamientos humanos fueron relevados, a lo sumo, en el transcurso de unas pocas décadas, han permitido formular modelos de organización espacial intra-sitio a partir de generalizaciones empíricas referidas a las relaciones entre estructuras de combustión y la distribución de descartes en torno a ellas (Binford 1978, 1988, 1991).

El registro de estructuras de combustión en contextos arqueológicos del Mesolítico en Gran Bretaña ha brindado por si mismo un conjunto de expectativas acerca de los diferentes usos otorgados a cada uno de los fogones excavados en los sitios March Hill Carr y March Hill Top. Particularmente, en lo que se refiere a un posible uso "no práctico" del encendido de fuego, sugerido por el bajo poder calórico del combustible utilizado, de la alta exposición de la localización del fogón de March Hill Top y de la recurrente reutilización de la misma estructura. Al mismo tiempo que se observa una baja cantidad de artefactos líticos en relación a éste y una mayor cantidad de piedras quemadas dispersas sobre la superficie de excavación.

Por esto y por la información etnográfica referida a prácticas simbólicas, tales como el desarrollo de diversas celebraciones, sabemos que su realización puede producir descartes semejantes a los generados por las actividades diarias de subsistencia, debido a que el consumo de alimentos en cantidades inferiores a las registradas en otras localizaciones también puede ser efectuado en esos lugares. Esto pudo suceder incluso cuando el encendido de fogones no estuviera directamente orientado a ese fin.

Queda, pues, planteada la posibilidad de que el fogón de March Hill Top haya sido parte de un

eventual sistema de comunicación mediante señales de humo y/o fuego, dadas las bajas temperaturas alcanzadas por la combustión y por su localización altitudinal, siendo los pocos descartes distribuidos en torno a éste atribuidos a alguna otra actividad realizada en simultáneo o de manera alternada (Binford 1978, 1988) con la transmisión de mensajes.

Por su parte, los otros cuatro fogones identificados en March Hill Carr han arrojado precisiones acerca de los diferentes usos en los que podrían haber intervenido cada uno de ellos, en relación con las distribuciones de material lítico y con la evidencia de continuidad ocupacional en un mismo sector del espacio.

En el caso de los fogones 1 y 2, además de los usos prácticos en los que podrían haber intervenido dentro de un ámbito doméstico, tanto en ese ámbito como en sus inmediaciones podría haber tenido lugar la interacción social entre individuos dispuestos en relación al fuego. Por su parte, los fogones 3 y 4 representan, en el primer caso, un uso principalmente tecnológico, como lo sería el tratamiento térmico de rocas para la talla, mientras que el segundo habría sido utilizado para cocinar alimentos.

Los círculos de piedras que limitan los fogones 1 y 2 podrían haber sido conformados con el fin de evitar el desplazamiento de cenizas y brasas a partir de sus respectivos núcleos (Binford 1988, 1991), permitiendo proponer un posible uso sostenido de los mismos tanto dentro del lapso que hubiera abarcado la ocupación de ese espacio o siendo reutilizados a través de ocupaciones sucesivas pero recurrentes.

Posiblemente, las cuatro estructuras estén dando cuenta de usos múltiples, combinando distintas actividades realizadas de forma alternada o en simultáneo sobre un espacio reducido -*ca*. 12 m²-, dada la cercanía que guardan entre sí. Las altas frecuencias de artefactos líticos depositados en estrecha cercanía a los fogones, pero presentando a la vez un patrón disperso, podría estar dando cuenta de ocupaciones breves pero reiteradas que no permitieron que una concentración mayor quedara definida en forma de anillo en torno a estos (Binford 1988), habiéndose, en cambio, conformado una distribución dispersa de desechos de talla a partir de descartes sucesivos, a través de los cuales se habrían ido agregando cantidades limitadas de descartes líticos. Motivo por el cual, tampoco habrían sido removidos de esas ubicaciones.

Tal como ha sido observado en el registro etnográfico de los Selk'nam, en March Hill la atribución del encendido del fuego a fines prácticos separados de las interacciones sociales es parte de una simplificación analítica, dado que los usos prácticos, tales como la cocción de alimentos y las actividades tecnológicas no son realizadas de modo totalmente individual o solitario, sino que, por el contrario, están inmersas en distintas clases de interacciones sociales entre individuos. Estas pudieron ocurrir durante el mantenimiento de conversaciones, la observación de cómo se desarrollaban ciertas actividades, el trabajo en simultáneo en idénticas o en diferentes tareas, entre otras muchas posibilidades; vinculando personas que podrían estar cohabitando en una misma localización o reunidas ocasionalmente.

Finalmente, puede mencionarse que entre los cazadores recolectores fueguinos el aprovisionamiento de los elementos necesarios para encender y mantener fogones encendidos como de muchos de los elementos obtenidos a través de la preparación de alimentos o del tratamiento térmico de rocas y pigmentos pudieron haber sido efectuados previendo futuras interacciones, algunas de las cuales se podrían haber concretado durante reuniones con fines rituales, momento en que se llevaría a cabo el intercambio de objetos. Situaciones semejantes cabría esperarse que hubieran ocurrido también en tiempos del mesolítico tardío.

AGRADECIMIENTOS

A la British Academy, Londres, RU, que mediante el proyecto "Models of Hunter-Gatherer Settlement Patterns: Analysis of Ethnohistorical Records of Hunter-Gatherer Settlement in Tierra del Fuego Using GIS (Geographical Information Systems)", para la International Collaborative Activities, hizo posible la elaboración de este trabajo.

Referencias bibliográficas

Asensi, A.; Díez-Garretas, B.; Nieto, J. (2004): Origen y evolución de las comunidades con *Maytenus senegalensis* subsp. *europaea* en el sureste de la Península Ibérica. Livro de Resumos, *V Encontro ALFA de Fitosociología*, Simpósio Internacional FIP, Madeira: 24.

Beauvoir, J.M. (1915): *Los Selk'nam, indígenas de la Tierra del Fuego. Sus tradiciones, costumbres y lenguas (por los Misioneros Salesianos)*. Librería del Colegio Pio IX, Buenos Aires.

Belza, J. (1975): *En la Isla del Fuego*. Tomo II. Colonización. Instituto de Investigaciones Históricas Tierra del Fuego, Buenos Aires.

Binford, L. (1978): Dimensional analysis of behavior and site structure: learning from an Eskimo hunting stand. *American Antiquity*, (43)3: 330-361.

Binford, L. (1988): *En busca del pasado*. Editorial Crítica, Barcelona.

Binford, L. (1991): When the Going Gets Tough, the Tough Get Going: Nunamiut Local Groups, Camping Patterns and Economic Organization. *Ethnoarchaeological Approaches to Mobile Campsites: Hunter-gatherer and Pastoralism Case Studies* (C- Gamble y W. Boismier, eds.), International Monographs in Prehistory, Ann Arbor: 25-137.

Binford, L.; Stone, N. (1985): Zhoukoudian: A Closer Look. *Current Anthropology*, 27(5): 453-68.

Braun Menéndez, A. (1971 [1939]): *Pequeña historia fueguina*. Editorial Francisco de Aguirre, Buenos Aires.

Bridges, L. (1935): Supersticiones de los Onas. *La Argentina Austral*, 7(73): 1-33.

Bridges, L. (1978 [1887-1902]): *El último confín de la tierra*. Editorial Marymar, Buenos Aires.

Coiazzi, A. (1914): *Los indios del Archipiélago fueguino*. Revista Chilena de Historia y Geografía 13, Santiago

Conneller, C.; Warren, G. (2006): *Mesolithic Britain and Ireland: New Approaches*, Tempus Publishing Ltd. England.

Chapman, A. (1972): *Lune en Terre de Feu. Mythes et rites des Selk'nam. Objects et Mondes*, Tomo XII: 145-158.

Chapman, A. (1986): *Los Selk'nam. La vida de los onas*. Emecé Editores, Buenos Aires.

Dabbene, C. (1904): Viaje a la Tierra del Fuego y a la Isla de los Estados. *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*, Tomo XXI, Buenos Aires.

Dabbene, C. (1911): *Los indígenas de la Tierra del Fuego. Contribución a la etnografía y antropología de los fueguinos*. Tipo-Litográfica La Buenos Aires, Buenos Aires.

Davidson, I. (2006): Arqueología etnohistórica. Etnoarqueología de la Prehistoria: más allá de la analogía. *Treballs d'Etnoarqueologia*, 6: 257-272.

Dennell, R. (1987): *Prehistoria económica de Europa*. Editorial Crítica, Barcelona.

Ebert, J. (1992): *Distributional Archaeology*. University of New Mexico Press, Albuquerque.

Estévez, J.; Vila, A. (1995a): Etnoarqueología: el nombre de la cosa. *Encuentros en los conchales fueguinos*, Treballs d'Etnoarqueologia,1: 17-23.

Estévez, J.; Vila, A. (1995b): Tierra del Fuego, lugar de encuentros. *Revista de Arqueología Americana*, 15: 187-219.

Fredericksen, T. (2001): *Aprovechamiento forestal y conservación de los bosques tropicales en Bolivia*. Documento Técnico 1995-2000. BOLFOR, Santa Cruz de la Sierra, Bolivia.

Gallardo, C. (1910): *Los Onas*. Cabaut, Buenos Aires.

Gamble, C. (1990): *El poblamiento paleolítico de Europa*. Crítica, Barcelona.

Gamble, C.; Soffer, O. (1990): Pleistocene polyphony: the diversity of human adaptations at the Last Glacial Maximum. *The World at 18,000 B.P* (O. Soffer y C. Gamble, eds.), Unwin Hyman, Londres.

Gratzfeld, J. (2004): Industrias extractivas en zonas áridas y semiáridas. Planificación y gestión ambientales. Unión Mundial para la Naturaleza. *Serie Gestión de Ecosistemas* Nº 1, Suiza.

Grøn, O. (1996): *The Maglemose Culture: the reconstruction of the social organization of a Mesolithic culture in northern Europe*. BAR International series 616, Oxford: Tempus Reparatum.

Grøn, O. (2003): Mesolithic dwelling places in southern Scandinavia: their definition and social interpretation. *Antiquity*, 79(298): 685-708.

Gusinde, M. (1982 [1931]): *Los indios de la Tierra del Fuego. Los Selk'nam*. Vol.1. Tomo I y II. CAEA, Buenos Aires.

Hamilton, H. (1997): El corte y quema en la historia de los bosques suecos. *A community's initiatives to survive in a semiarid area: The case of Kikapu, Njoro Location, Nakuru, Kenya* (E. Njoka y P. Makenzi, eds.), Red Forestal para el Desarrollo Rural, Documento 21f, Londres.

Hayden, B. (1981): Research and development in the Stone Age: technological transition among hunter-gatherers. *Current Anthropology*, 22(5): 519-531.

Jochim, M. (1983): Palaeolithic cave art in ecological perspective. *Hunter-gatherer economy in prehistory. A European perspective* (G. Bailey, ed.), Cambridge University Press: 212-19.

Kretzoi, M.; Vertes, L. (1965): Upper Biharina (Intermindel) Pebble Industry Occupation Site in Western Hungary. *Current Anthropology*, 6(1): 74-87.

Leroi-Gourhan, A. (1967): *La prehistoria del arte occidental*. Gustavo Gili, Barcelona.

MANSUR, M.E. (2006): Los unos y los otros: el uso de fuentes etnográficas y etnohistóricas en la interpretación arqueológica. *Etnoarqueología de la Prehistoria: más allá de la analogía*, Treballs d'Etnoarqueologia, 6: 315-336.

MANZI, L. (1991): De cómo y dónde se movían los grupos de cazadores-recolectores pedestres de la Isla Grande de Tierra del Fuego. *Shincal*, 3(3): 184-190.

MANZI, L. (1993): Crónicas acerca de los sitios de agregación Selk'nam y de las posibles actividades allí involucradas. ¿Hay alguna evidencia arqueológica? *Cuadernos del INAPL*, 14: 217-235.

MANZI, L. (2001): Territorialidad y movilidad en grupos cazadores-recolectores Selk'nam: un acercamiento a partir del pasado etnográfico. Simposio Movilidad y uso del espacio en cazadores-recolectores: perspectivas comparadas. *Actas XIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, Tomo I, Córdoba: 11-31.

OWENS, J.; DURLAND, P. (2002-2003): *El rol natural de los incendios. Texto básico de los incendios rurales*, Ministerio del Interior Estadounidense, Departamento de Gerencia de Tierras, Idaho.

PAYRO, R. (1898): *La Australia Argentina*. Imprenta de La Nación, Buenos Aires.

PIANA, E.; VILA, A.; ORQUERA, L; ESTÉVEZ, J. (1992): Chronicles of Ona-Ashaga: Archaeology in the Beagle Channel. *Antiquity*, 66(252): 771-783.

PIGAFETTA, A. (1999 [1519-22]): *Primer viaje en torno del globo*. Espasa Calpe, Madrid.

PURÍSIMA CONCEPCIÓN (1765): *Relato del naufragio del registro "Purísima Concepción" y Construcción de la Goleta "Nuestra Real Capitana San José y las Animas" Puesta en Gradas en Tierra del Fuego en 1765.* MS.

RIPPSTEIN, R.; ESCOBAR, G.; MOTTA, F. (2001): *Agroecología y Biodiversidad de las sabanas en los Llanos orientales de Colombia*. Centro Internacional de Agroecología Tropical, Colombia.

SARMIENTO DE GAMBOA, P. (1988): *Viaje al estrecho de Magallanes, 1579-1584*. Alianza Editorial, Madrid.

SEGERS, P. (1891): Hábitos y costumbres de los indios Aonas*. Boletín del Instituto Geográfico Argentino*, Tomo XII, Buenos Aires.

SPEGAZZINI, C. (1882): Costumbres de los habitantes de la Tierra del Fuego. *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, Tomo XIV, Segundo semestre, Buenos Aires.

SPIKINS, P. (2002): *Prehistoric People of the Pennines: Reconstructing the Lifestyles of Mesolithic hunter-gatherers on Marsden Moor*. West Yorkshire Archaeology Service.

STEIN, J. (1987): Deposits for Archaeologists. *Advances in Method and Theory* (M. Schiffer, ed.), vol. 11, Academic Press, Nueva York: 337-395.

STERN, N. (1994): The implications of time-averaging for reconstructing the land-use patterns of early tool-using hominids. *Early Hominid Behavioural Ecology* (J.S. Oliver, N.E. Sikes y K.M. Steart, eds.), Academic Press, Nueva York: 89-105.

STRINGER, C.; GAMBLE, C. (1996): *En busca de los neandertales*. Editorial Crítica, Barcelona.

VIGNATI, M. (1926): El tipo de habitación actual de los indios onas de Tierra del Fuego. *Physis* (Revista de la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales), Tomo VIII, Buenos Aires.

VILA, A. (2004): Proyectos etnoarqueológicos en Tierra del Fuego (Argentina). *Bienes Culturales*, 3: 193-200.

VILA, A. (2006): Propuesta de evaluación de la metodología arqueológica. *Etnoarqueología de la Prehistoria: más allá de la analogía*, Treballs d'Etnoarqueologia, 6: 61-76.

WHICKHAM-JONES, C. (2004): *Mesolithic Scotland and its neighbours: the early Holocene prehistory of Scotland, its British and Irish context and some northern European perspectives*. Royal Society of Antiquaries of Scotland, Edimburgo.

WONG, K. (2003): Who were the neandertals? *Scientific American*, 13(2): 28-37.

YACOBACCIO, H. (1991): Información actual, analogía e interpretación del registro arqueológico. *Shincal*, 3 (1):185-194.

YELLEN, J. (1977): *Archaeological Approaches to the Present. Models for Reconstructing the Past,* Academic Press, New York.

YESNER, D. (1996): Environments and peoples in the Pleistocene-Holocene Boundary in the Americas. *Humans at the End of the Ice Age* (L.G. Straus, B.V. Erickson, J. Erlandson y D. Yesner, eds.), Plenum Press, Nueva York: 243-253.

ZENONE, A. (1914): *Acta Indiorum*. Transcripción de Juan Belza. MS.